
Aproximación pastoral a las realidades últimas. La Palabra definitiva de Dios sobre el mundo no es de fracaso sino de vida y resurrección.

"Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solamente para esta vida, seríamos los hombres más dignos de lástima" (1Cor. 15,19), nos dice la Escritura. Hoy en día surge frecuentemente entre nosotros la pregunta sobre el sentido de la vida. ¿Tiene sentido vivir? Si respondemos desde la fe en Jesucristo y su Evangelio, la respuesta será afirmativa. Pero para afirmar que la vida tiene sentido tenemos que esperar un futuro con sentido, si no ¿para qué vivir? Dios nos ha hecho una promesa de plenitud y sentido eterno que se va gestando en el presente y se realiza en el futuro. Es como un último y definitivo sentido que se realiza viviendo con sentido los momentos previos. Por el contrario, también es posible el sin sentido: vivir esta vida para nada o en la indiferencia, nos llevará a una no-plenitud, a una eternidad privada de sentido.

La esperanza cristiana nos lleva a mirar el futuro de la promesa, que comienza a realizarse en el hoy de nuestra vida y que quedará un día realizada plenamente. Entonces si vivimos esta vida desde la Voluntad de Dios haciendo carne y realidad el Evangelio, este mismo estilo de vida nos hará fijar la mirada en la realización futura.

Organizar el mundo y la vida de los hombres desde la Voluntad de Dios, no nos lleva a una eternidad desconectada de la temporalidad. Tal vez tenemos la imagen de que la eternidad es una realidad extraña a la vida actual, que un día irrumpirá y no tendremos más remedio que aceptarla. También puede ser que muchas imágenes empleadas para la catequesis en la infancia, nos hayan inspirado más temor que esperanza. Por otra parte, el empobrecimiento de la vida cristiana muchas veces reducida a una cuestión de cumplimiento

sin compromiso de vida, de fe individual y fraternidad real o práctica, le quite brillo y entusiasmo a la espera de lo futuro.

Para la comunidad cristiana primitiva, la Venida del Señor era un anhelo ferviente que acuñó expresiones como éstas:

"El Señor viene" (1 Cor 16,22),

"El Señor está cerca" (Fil 4,5b),

"vivamos la vida presente en justicia y piedad, mientras aguardamos la feliz esperanza y la Manifestación de la Gloria de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús" (Tito 2,13).

En estas líneas que siguen a continuación trataremos de acercarnos sencillamente a las realidades últimas que son mencionadas en la Escritura: La Venida de Jesús, el Juicio, la Resurrección de los muertos, la Vida Eterna. Una visión pastoral de estos temas nos ayudará a despertar el anhelo de ver cumplidas las promesas de Dios.

LA VENIDA DEL SEÑOR

En el Nuevo Testamento son varias las expresiones que aluden a una manifestación final de Jesús con la que se cerrará la historia y se inaugurará el tiempo del cumplimiento eterno de las promesas de Dios:

"El los mantendrá firmes hasta el fin, para que sean irreprochables el día de la Venida de Nuestro Señor Jesucristo" (1Cor

1,8), "Se verá al Hijo del Hombre venir sobre las nubes, lleno de poder y de Gloria" (Mc. 13,26), "Si, soy yo: y ustedes verán al Hijo del Hombre sentarse a la derecha del Todopoderoso y venir entre las nubes del cielo" (Mc. 14,62).

En la Iglesia Primitiva era muy fuerte la conciencia de la presencia real de Jesús en la Eucaristía y en la comunidad, lo cual aumentaba la vivencia y el deseo inmediato de la Venida de Jesús. Este anhelo debía cuidarse de transformarse en evasión, pero revelaba una relativización de lo temporal frente a lo infinito de la Promesa futura. Con el correr del tiempo esta conciencia se fue adormeciendo en la Iglesia; pero el Concilio Vaticano II rescata el valor de la espera, de la "Parusia" (presencia, llegada):

"La existencia cristiana debe ser vigilante, con una alegría expectante, ya que se aguarda una manifestación triunfal de Jesús no sólo a nivel individual sino de toda la comunidad eclesial."(cf. Lumen Gentium 48-49).

¿Está bien decir que Jesús vuelve?

En realidad Jesús no se ha ido, no está ausente, su presencia continúa de distintos modos: en la Eucaristía, la comunidad, los sacramentos, la Palabra de Dios (cf. *Sacrosanctum Concilium* N°7). Decir que se fue es un modo de explicar que no está como estaba antes. Pero habrá un día en que Jesús volverá a manifestarse visiblemente.

¿Cómo será? No puede describirse; estará dentro del tiempo, será histórica, pero a la vez inaugurará un nuevo tiempo diferente al actual. El Señorío de Cristo exige que todo sea puesto bajo sus pies; el terminará de vencer al mundo y a la muerte y Jesús será definitivamente el dueño de la historia y de los hombres.

La Escritura nos habla de algunos signos que acompañarán esta venida del Señor: ángeles, trompetas, señales en la luna y el sol. ¿Esto ocurrirá concretamente? No podemos afirmar que ocurrirán puntualmente, tampoco pueden ser negados o relativizados. Pero lo más importante es que quieren transmitirnos que no debemos instalarnos sino vivir vigilantes sin perder sensibilidad frente a las realidades últimas. **La fe en la venida del Señor dinamiza en la Iglesia el compromiso con la historia y a la vez ayuda a no absolutizar la vida temporal.**

¿Cuándo será el fin del mundo? Nadie sabe el día ni la hora. San Agustín respondía a esta pregunta diciendo: "no me atrevo a calcular el tiempo" y citaba las palabras del Señor:

"En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mt. 24,36)

La curiosidad o el sensacionalismo no deben ser el motivo de nuestra espera, de allí que no tengan ninguna utilidad la multitud de predicciones que disparan al aire tantos adivinos de ocasión. Nos anima el deseo del abrazo con Jesús para que El

confirme su Señorío en nuestras vidas.

La Parusía o venida del Señor le da sentido a este tiempo que transcurre, nos proyecta a una realización definitiva de nuestra vida personal y eclesial. De tal manera que **confiamos en un futuro más grande que nosotros mismos.**

EL JUICIO FINAL

En referencia al Juicio de Dios sobre los hombres y las naciones conviene comprenderlo no como un proceso meramente jurídico, sino como un acto de Salvación donde se manifestará el Señorío de Cristo sobre la historia: allí será revelado públicamente el contenido real de la misma historia, las intenciones del corazón de cada uno a lo largo de su vida, las opciones concretadas, lo que cada uno quiso ser. El juicio es una dimensión del amor de Dios: El que ama no puede ser injusto.

El Nuevo Testamento nos expresa que el juicio será la victoria definitiva sobre todo poder adverso y hostil:

"Es necesario que Cristo reine hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será vencido es la muerte" (1 Cor, 15,25).

La parusía (venida de Cristo) y el juicio aparecen unidos tanto en la Escritura como en todas las expresiones de fe de la Iglesia Primitiva: Jesús vuelve a manifestarse visi-

blemente clausurando la historia y haciendo justicia definitivamente. El que vive en el amor del Evangelio, espera ese día glorioso donde se harán eternos y duraderos sus anhelos. Será justificado, confirmado en sus opciones, vivirá la alegría de haber encontrado el sentido, será invitado a vivir eternamente:

"En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio... No hay el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor" (1 Jn. 4,17-18)

Aquel que no quiso ser del Reino, que rechazó el amor, ya no podrá cambiar más, no le quedará posibilidad alguna. Será el momento culminante de toda la historia humana, donde se revelará toda la verdad sobre las personas y las cosas. Dios va a dejar al descubierto el sentido que cada uno le dió a su vida, a las cosas. Cada uno tomará conciencia del sentido para el cual fue hecho, la voluntad de Dios sobre su vida, y si respondió o no. Las naciones se darán cuenta qué esperaba Dios de ellas y si vivieron y realizaron desde el plan de Padre:

"El vendrá sobre las nubes y todos lo verán, aún aquellos que lo habían traspasado. Por él se golpearán el pecho todas las naciones de la tierra. Si, así será." (Apoc. 1,7-8)

Visto así, la sentencia de Dios no será la que convierta al hombre en bueno o malo, sino que el juicio es descubrir lo que se es, un aparecer claramente lo que se qui-

so ser. Esta es la imagen que nos sugiere el pasaje del juicio final en Mt. 25. Jesús constata lo que cada uno hizo de su vida y lo descubre. Por eso de algún modo el juicio ya se está realizando, en el sentido que cada uno va dándole a su vida: *"El que cree tiene vida eterna, el que no cree ya está condenado"* (Jn. 6,47)

Es necesario entonces, vivir la fe en la vida, desarrollar el amor en cada instante, en cada decisión; el último día todo saldrá a la luz y nadie podrá ocultar nada, ni falsear la verdad porque toda la historia y la vida de los hombres será juzgada por el amor de Dios (ver Cristo Vive N°56 "Nos estamos juzgando la vida").

LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS Y LA RENOVACION DEL MUNDO

En el cuarto Evangelio encontramos una clara alusión de Jesús a la resurrección de los muertos: *"Todos van a resucitar"* (Jn 5,28). También en las cartas de Pablo se expresa esta verdad revelada por Dios y creída por la Iglesia:

"No queremos hermanos, que vivan en la ignorancia acerca de los que ya han muerto, para que no estén tristes como los que no tienen esperanza... Porque a la señal dada por la voz del Arcángel y al toque de la trompeta de Dios, el mismo Señor descenderá del cielo. Entonces, primero resucitarán los que murieron en Cristo." (1 Tes. 4,13-16).

"Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la Gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida Nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección" (Rom. 6,4-5).

Si hay algo que pone en crisis al hombre, es la muerte; esta crisis pone a prueba el amor de Dios. Si Dios es amor, ¿puede dejar que el hombre desaparezca para siempre con la muerte?. Un amor auténtico exige continuidad, ya que nadie que expresa su amor a otro le puede decir: "te quiero por un tiempo". Al decir de G. Marcel: "Amar a otro es decirle: No morirás jamás".

Si Dios dejara de amar a aquél que creó por amor, no sería un Dios fiel. La resurrección cumple la promesa, porque que el hombre resucite significa decir: *"El amor de Dios es más fuerte que la muerte"*. Dios nos resucita porque resucitó a Jesús y nos ve como hijos en su Hijo, nos hace solidarios con El:

"Cristo resucitó de entre los muertos. El primero de todos. Porque la muerte vino al mundo por medio de un hombre y también por medio de un hombre viene la resurrección. En efecto, así como todos mueren en Adán, todos revivirán en Cristo, cada uno según el orden que le corresponde: Cristo, el primero de todos, luego aquellos que estén unidos a él en el momento de la

Venida." (1 Cor 15, 20-23)

¿Qué pasará con los que estén vivos en el momento final de la Resurrección de los muertos? Nos dice la Escritura:

"Les voy a revelar un misterio: No todos vamos a morir, pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir de ojos, cuando suene la trompeta final (porque esto sucederá) los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados" (1 Cor. 15,51-52)

El cuerpo de la resurrección es un cuerpo transformado, pero es una continuidad de la persona. El pecado es el agujón, lleva en si una fuerza de muerte, por eso es necesaria la donación del Espíritu para curar esta herida; el amor de Dios nos transformará para una vida plena, eterna, llena de sentido en Dios. Al que murió se le restituye la vida en Cristo. ¿Qué pasará con los que no mueren en Cristo, en comunión con El, los que lo negaron en la vida?. También resucitarán, pero con un sentido diferente: para la muerte eterna, el sin sentido.

La suerte del Universo está ligada a la suerte del hombre:

"Toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios. Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de aquél que la sometió, pero conservando una esperanza. Porque también la creación será liberada

de la esclavitud, de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios". (Rom.8,19-21)

Así como el hombre será transformado, también el Universo que ahora gime dolores de parto. El Concilio Vaticano II afirma fuertemente que habrá una transformación total, aunque no aclara cuándo ni cómo. Este hecho tiene que llevar a los hombres a organizar la tierra desde el plan de Dios y prepararla para su transformación definitiva. De allí que es tan importante el hecho de evangelizar y civilizar el mundo. Por otra parte, no se puede concebir vida humana sin un marco que sirva de habitación, de escenario. El mundo futuro será también un ámbito transformado, donde el hombre vivirá en armonía con él.

LA VIDA ETERNA Y LA MUERTE ETERNA

"Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti" (Jn 17,3)

El corazón de Dios es la fuente de la Vida y el Amor; conocer a Dios para Juan significa entrar en relación de honda y duradera comunión. Esta es la Vida Eterna, el eterno amor de Dios, a los hombres, a lo creado. La plenitud del Amor es el mismo corazón de Dios, por eso el amor pleno será el modo de vida de la eternidad. Ya ahora en nuestra existencia en el tiempo, el amor hace presente a Dios (1 Jn. 4,16)

Ese amor que vamos desarrollando en nuestro estilo de vida, buscará hacerse continuo, perfecto. La conocida imagen del cielo no es más que un modo figurativo de expresar la plenitud, la distancia entre la Vida Eterna y nuestra vida temporal. Pero el cielo no es un lugar, es la alegría eterna de la fraternidad Evangélica con el Padre, el Hijo, el Espíritu, los hermanos, el mundo.

A veces nos invaden la fantasía y el temor de la monotonía o la quietud mortecina. ¿Qué vamos a hacer todo el tiempo? La experiencia del encuentro con el amor de Dios y la permanencia en el amor del encuentro con los hermanos, nos acerca la vivencia del cielo: el amor está lleno de vida, exhuberancia, abundancia, es dinámico, creativo. Hablar de Vida Eterna ya nos indica que la eternidad será viva, encendida, con una vivencia muy diferente que la de la vida limitada actual. Pero finalmente será vida humana llena del Espíritu Santo, en el Hijo, con el Padre.

La pobreza de la experiencia convencional de Dios y la Iglesia, empobrece y deforma la imagen y la esperanza de la Vida Eterna transformándola en una página de un libro distinto al que estamos escribiendo. El amor del Evangelio pide una eternidad donde desplegarse lleno de plenitud. En esta línea puede verse que no habrá lugar para otra cosa que el amor.

¿Qué es el purgatorio? Es un tiempo de maduración, para purificarnos precisamente de lo que no es amor en nuestra vida.

¿Cómo se da esto? No es posible describirlo, pero lo entendemos desde el amor: ya en esta vida la penitencia, la entrega, el ofrecimiento, el sufrimiento nos purifican. Lo que lleguemos a convertir en amor puro aquí, no será necesario purificarlo después. El purgatorio es una dimensión del juicio, que implica un querer ser santo y digno de ver a Dios y un sufrimiento: el no ser lo que se quería ser.

Por otra parte, el infierno es el "no quiero ser para Dios". La negación de Dios y el amor son un acto del hombre que se transforma en una eterna ausencia de Dios, en un eterno vacío incolmable. De tal modo que el infierno tampoco es un lugar sino un rotundo "no" a Dios y al prójimo que se hace definitivo, la absoluta pérdida del sentido, la soledad total.

CONCLUSIÓN

La fe en la realización futura y definitiva de nuestra vida, impulsa nuestra esperanza y alimenta la certeza de que *"todos los esfuerzos que realizan por El no serán vanos"* (1 Cor. 15,58). Para los cristianos esperar la plenitud de la vida en la eternidad, supone una esperanza activa, que edifica, construye, siembra en medio de los límites de esta vida. No es una página de un libro distinto, no viajaremos a una tierra extranjera, sino a la casa de nuestro Padre. Será nuestro ámbito definitivo y familiar donde se desarrollará sin interrupciones nuestro sentido de vivir, lo que

Dios pensó cuando pensó en cada uno.

"Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera, que ustedes tienen reservada en el cielo. Porque gracias a la fe, el poder de Dios los conserva para la salvación dispuesta a ser revelada en el momento final. Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria, seguros de alcanzar el término de esa fe, que es la salvación. (1 Ped 1, 3-5.8-9)

Autor: P. M. Ciaramella

Bibliografía:

"El último sentido" de J. L. Ruiz de la Peña

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:

[Poniendo en común](#)